

No es el libro, —puede adelantarse— un mamotreto enciclopédico, o una historia escueta de la economía colonial; por el contrario, breves son sus páginas, pero todas y cada una de ellas contiene valiosas interpretaciones, que al mismo tiempo, se sujetan a una previa valoración de los diferentes problemas que cubren el amplio campo que ha elegido el autor para cultivar, quedando así fuera de consideración aquellos hechos que, por demasiado específicos o por escasamente influyentes en el desarrollo ulterior de nuestros pueblos, no cabían en un propósito sintetizador.

Las fuentes utilizadas, de las que nos da cuenta la bibliografía que adjunta al final en páginas que contienen también una cronología y un vocabulario, cuentan entre las obras de mayor confiabilidad y más acertada visión de los hechos ocurridos en esta región del mundo.

Cabe, por tanto, agradecer al autor la preocupación erudita, responsable, de fino sentido interpretativo con la que puso a contribución sus conocimientos para conjuntar y sistematizar una serie de materiales que, en su trabazón mutua, han de ser de gran utilidad para el sociólogo.

BAGU, SERGIO: *Estructura Social de la Colonia*. Librería El Atenco, Editorial. Buenos Aires, 1952. 283 pp.

Orientado en el mismo sentido y con un propósito análogo al que informa su *Economía de la Sociedad Colonial* publicada en el año 49, aparece este libro que corresponde a un campo dejado en barbecho por largo tiempo, y el que es importantísimo que se cultive si quiere

fincarse sobre bases sólidas la unidad interamericana soñada por los grandes visionarios nuestros.

Tanto el aparecido hace cinco años, como el salido de las prensas en los meses mediales del casi recién pasado, constituyen aportaciones inestimables para el estudio de la historia continental ya que, al hacer uso de un método comparativo sincrónico-diacrónico, se dejan iluminar por la disciplina sociológica.

Ambas obras hacen historia comparada: la una, de las instituciones y fenómenos económicos; la otra, de la estructura y las transformaciones sociales de nuestra América. Esta última, por modo muy principal, traza —al ponerlas en práctica— las que pueden constituir grandes directrices metodológicas para el estudio de la sociología americana.

El juicio sigue siendo valedero aún cuando el propio autor no encare sino algunos aspectos de la misma, enracimados en torno de un problema fundamental; pasa revista a las diversas regiones de nuestra América para: parangonar sus diversos procesos sociales formativos y conformativos, el surgimiento y transformación de las clases sociales, su organización social, los regímenes jurídico-políticos que favorecía o retardaba su constitución y modificación, los conflictos entre las clases sociales, la desintegración de las mismas, así como de los grupos sociales en general.

El punto de arranque es buscado por el autor en las sociedades indígenas precolombinas entre cuyos caracteres destaca la economía agraria cerrada carente de clases sociales aún cuando, ocasionalmente, con primordios de ellas (según asienta el propio autor, y según ha mos-

trado *in extenso* el mexicano Arturo Monzón en *La Organización Social Te-nochca*).

El autor que comentamos estudia particularmente dos organizaciones sociales indoamericanas: el *calpulli* y el *ayllu*, y puntualiza claramente que ambas dieron lugar a la existencia de castas y no de clases, pues que esta última (de impronta económica) no habían de aparecer sino con la conquista, española o lusitana. Los monumentos arqueológicos de quienes así estaban estructurados socialmente, revelan al autor "un genio audaz, una economía bien organizada, y un organismo político que marchaba con admirable regularidad", o sea, un gran sentido de integración, en lo cual coincide particularmente con Northrop que había hecho notar lo mismo haciéndolo valedero en el ámbito más reducido de las culturas precortesianas.

Por otra parte, señala el autor que no puede entenderse la estructura sociológica americana sin filiar históricamente las corrientes colonizadoras producto de la liquidación feudal y de la iniciación del capitalismo comercial; muestra, sin embargo, que la historia económica y sociológica americana depende de factores extra-indígenas y extra-ibéricos como lo demuestra el hecho de que en ellas haya influido poderosamente la lucha de mercados sostenida por los pueblos europeos.

Gradúa, por otra parte, la complicación alcanzada por el proceso formativo en el que ese conjunto de factores interviene, encontrando que esa complejidad es máxima en Brasil, un tanto menor en Hispanoamérica, simple en las colonias británicas, y simplísima en las Antillas.

Indica el papel que tuvo la posesión de la tierra en la formación de los estratos sociales, al puntualizar que la ligazón que el europeo establecía entre poseer la tierra y tener un elevado status social desencadena en América las ambiciones, y plantea la necesidad de grandes cantidades de hombres que laboren en las grandes heredades, con la consecuencia obligada de la esclavitud —no sólo negra, sino también blanca (*indentured servants* de Virginia o *fazendeiros de fado* del NE. brasileño).

En Perú y México, descubre el poderío del grupo minero y la constitución de grupos mercantiles poderosos dedicados a exportar e importar metales y otros artículos; en Brasil, destaca el comercio de esclavos que permite asimismo la formación de otro grupo de poseedores frente a los desposeídos entre quienes se cuentan los propios esclavos, los indios sujetos a diversos regímenes de trabajo explotador, y los asalariados.

Entre ambos extremos, los pequeños propietarios, los administradores, los contralores de la mano de obra, los calpixques, etc., que comenzaban a constituir primordios de clase media cuyo desenvolvimiento era estorbado —según el propio autor— por el latifundismo eclesiástico. Junto a la Iglesia, considera como condicionantes del proceso formativo, a los grupos étnicos, al poder político, y al origen plebeyo de los peninsulares que trataban de compensarlo ascendiendo en la escala social de la colonia.

Estudia asimismo los factores de movilidad e inmovilidad social de las clases, y puntualiza que el privilegio tiene una importancia decisiva para la inmovilidad de una clase, pues siempre que se

encuentra una clase inmóvil se encuentra también la defensa de un privilegio, aumentando dicha inmovilidad en cuanto el privilegio ha sido obtenido por la violencia.

Tras analizar otros factores de inmovilidad, enumera entre los que contribuyen a la movilidad, la disolución de las encomiendas, el desarraigo de las poblaciones indígenas, la fuga de la mano de obra indígena que contribuye asimismo a la desintegración de los antiguos y a la formación de nuevos grupos.

Sin embargo, el autor señala también fuerzas sociales que actúan destructivamente sin construir nada nuevo, y entre ellas señala la dislocación social, la económica, las malas condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores indígenas, y, como secundarias, las toxicomanías y las epidemias (las cuales no son tan secundarias como podría demostrarlo una revisión sucinta de la historia colonial de México).

Cumple así el libro su propósito de darnos una panorámica histórico-sociológica de los problemas de estratificación y movilidad social que constituyen, por así decirlo, la entraña inexplorada de la historia colonial de América. Un esfuerzo, por tanto, ejemplificador de lo que debe y puede hacerse en este sentido.

Tax Sol y miembros del Seminario de la Fundación Viking, *Heritage of Conquest*. Free Press Publishers; Glencoe, Illinois, 1952.

Este libro, producto de las ponencias y discusiones presentadas por etnólogos mexicanos y norteamericanos, brinda una exposición de los resultados obtenidos

por estos investigadores en el campo de la etnología mesoamericana vista a la luz de los problemas de aculturación surgidos en el momento del choque entre la cultura indígena y la occidental.

La zona estudiada ha sido delimitada geográficamente por Paul Kirchhoff con base en rasgos culturales distintivos de esta zona —llamada por él Mesoamérica— frente a los que son propios de la región septentrional de América (“Aridamérica”) y en contraste con los característicos de la zona andina que alcanzó una altura cultural comparable a la de la propia Mesoamérica.

Los rasgos culturales antiguos de esta región se han contrastado con los rasgos actuales, anotando las supervivencias y las desapariciones de algunos de ellos, así como la sustitución de otros por los correspondientes a la cultura occidental; sustitución que constituye propiamente el proceso de aculturación, el cual se ha cumplido en diferentes grados en las varias zonas o subzonas en que se puede dividir Mesoamérica.

Los criterios o rasgos diagnóstico que se han tomado en cuenta para calificar el grado de aculturación de cada subzona, fueron los cuatro siguientes: 1) Monolingüismo, 2) Tecnología, 3) Organización Social, 4) Religión. Conforme a estos criterios y teniendo en cuenta que los índices más altos corresponden a los pueblos menos aculturados, se señala el índice 400 (100 de cada rasgo) para los Lacandones que encabezan la lista, y el de 45 en el caso de los Tarascos que son los más aculturados ya que nada les queda de su organización social originaria, y muy poco de su técnica y su religión de origen.

Por otra parte, el problema de la aculturación no se ha considerado únicamente desde un punto de vista geográfico y